La sensibilidad a las diferencias. Amor y horror por el espacio público.
Tulio Hernández

Podría ser también amor y horror por la ciudad. Que, como nos lo advirtió Juan Nuño, ha sido un antiguo dilema civilizatorio. La matriz judeocristiana, anti ciudad, y la matriz grecorromana, pro ciudad. Pero ciudad no es sinónimo de espacio público. El espacio público es el lugar donde se articulan, confrontan, decantan y se encuentran la ciudad de piedra, la ciudad funcional y la ciudad imaginada. Hay ciudades y modalidades de organización social que estimulan la conformación de espacios públicos y sus usos democráticos. Hay otras que lo niegan y lo asfixian.

En el presente domina un consenso creciente en torno al valor del espacio público como recurso fundamental para garantizar la calidad de vida, mejorar las formas de convivencia, permitir el encuentro entre los diferentes y, sobre todo, propiciar el disfrute lúdico y democrático de las ciudades. Consenso creciente que algunas veces puede rayar en la simplificación optimista.

Porque el espacio público es también un campo minado, un territorio socialmente construido en el que se expresan de manera inocultable las virtudes pero también las grandes contradicciones y desigualdades sociales que se confrontan en un país o una ciudad Y, al final, en ese lugar del deseo o de la deseabilidad, ocurre un encuentro –pero también una batalla– entre el orden y el caos, los propietarios y los excluidos, el hedonismo y la disciplina, lo individual y lo colectivo, la belleza y la fealdad, la asepsia y el goce extremo, lo normativo y lo anárquico, las ambiciones del mercado y la convicciones de los derechos, los que llegaron primero y los que vinieron después, lo altruista y lo degradado, las preferencias estéticas de uno y las de los otros, unas maneras de estar juntos y muchas de estar separados.

Hacer que la frecuencia y uso del espacio público se incline hacia el polo de la vocación democrática es una de las grandes preocupaciones colectivas que hoy convocan por igual a académicos, artistas, militantes de ciudad, gobernantes y políticos. Usar estrategias culturales para ese fin, para que el espacio púbico genere más encuentro y menos batalla, ha sido un buen hallazgo y un aporte a la ampliación de la gobernabilidad de las ciudades y los municipios.

En esa línea se ubican las propuestas de cultura ciudadana que han comenzado a circular por América Latina. En un doble sentido: primero, como estrategia para aumentar la frecuencia y eficacia de comportamientos reguladores pacíficos de los ciudadanos sin acudir a la coerción física y, segundo, como aumento de la proporción de ciudadanos que llevan pacíficamente a otros cumplir las normas de convivencia.

Miradas de estas maneras, las estrategias de Cultura ciudadana se inscriben el empeño pionero de Richard Sennet de definir lo público como el campo de la sensibilidad a lo extraño, lo inclasificable y lo problemático. Esa definición es el punto de partida para entender la sensibilidad hacia la diferencia, preguntándose cuál es el rol del espacio en la formación de esa sensibilidad.

Cómo discurren estas relaciones entre lo público, el espacio y la sensibilidad a las diferencias en una sociedad como la venezolana del presente, signada de una parte por las desigualdades sociales, la polarización política, el odio de clases, la pérdida de autonomía de los gobiernos locales, la inseguridad abrumadora, y de la otra por la preocupación académica, pero también política, por conferirle al espacio público el papel democratizador y reivindicador de la convivencia pacífica que teóricamente se le atribuye, será el objetivo de esta conferencia.